



**Lectura del santo Evangelio según San Mateo 2,1-12.** *Jesús nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes. Unos magos de oriente llegaron entonces a Jerusalén y preguntaron: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque vimos surgir su estrella y hemos venido a adorarlo". Al enterarse de esto, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él. Convocó entonces a los sumos sacerdotes y a los escribas del pueblo y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: "En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres en manera alguna la menor entre las ciudades ilustres de Judá, pues de ti saldrá un jefe, que será el pastor de mi pueblo, Israel". Entonces Herodes llamó en secreto a los magos, para que le precisaran el tiempo en que se les había aparecido la estrella y los mandó a Belén, diciéndoles: "Vayan a averiguar cuidadosamente qué hay de ese niño, y cuando lo encuentren, avisenme para que yo también vaya a adorarlo".*

*Después de oír al rey, los magos se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto surgir, comenzó a guiarlos, hasta que se detuvo encima de donde estaba el niño. Al ver de nuevo la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa y vieron al niño con María, su madre, y postrándose, lo adoraron. Después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Advertidos durante el sueño de que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.*



### MEDITACIÓN DEL MISTERIO DE LA EPIFANÍA (P. Tomás Morales S.J.)

El sol apunta en la Navidad, pero llega a su cenit en Epifanía. La alegría de aquella noche culmina en este día. La aparición del Señor realizase por vez primera en su natividad. Pero entonces sólo manifiesta su gloria a un núcleo reducido de personas: la Virgen, José, los pastores... Ahora brilla la magnificencia de su poder ante el mundo, ante los hombres de todas las edades. Los Magos son los pioneros, los adelantados de una humanidad ante la cual Cristo aparece *lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14).

### Fiesta de las teofanías

La manifestación de Dios a los hombres por la encarnación es un misterio lleno de misericordia. Constituye la esencia del cristianismo. Por eso, la Iglesia, en los primeros siglos, daba singular relieve a la fiesta de las teofanías, o manifestaciones divinas en la persona del Verbo. Estas teofanías se conmemoraban el 6 de enero. Recordaban la manifestación de la divinidad de Cristo a los Magos; a los judíos, en su bautismo; a los convidados a las bodas, en Caná de Galilea. Al pasar del Oriente a la Iglesia de Roma esta festividad de las teofanías, concreta su objeto casi exclusivamente a la revelación del Salvador a los gentiles en la persona de los Magos. Así se explica que en la misa sólo se aluda a esta manifestación. En cambio, en la antifona, la liturgia contempla la gracia que brota de Cristo arrastrando al mundo a la fe. Es el Esposo de la Iglesia; no limitada ya a Israel, sino extendida a todas las naciones. Hoy al celestial Esposo se ha juntado la Iglesia.

Los Magos, primeros adoradores, por la fe se unen a Cristo. Nace la Iglesia. Irá creciendo cuando otros gentiles, nosotros, nos incorporemos, también por la fe, a ese Dios niño. Aquí salta la alegría desbordante de Epifanía. La incesante vida de la Iglesia arranca de la fuerza divina que manifiestan los diversos sucesos que conmemora Epifanía: bautismo de Cristo, adoración de los Magos, milagro de las bodas. Sí, hoy al celestial Esposo se ha unido la Iglesia, porque en el Jordán lavó Cristo sus crímenes, corren los Magos con sus dones a celebrar bodas reales y por el agua convertida en vino se alegran los convidados.

## Cristo aparece ante el mundo

La idea central de Epifanía: Cristo lleno de gracia y verdad, aparece ante el mundo para salvarlo. La desenvuelve maravillosamente la liturgia. Utiliza palabras de Isaías. Perspectiva profética que abarca siglos. Isaías anuncia juntamente la liberación de Jerusalén por Ciro y la del mundo por Cristo. Con sublime fuerza poética engrandece la gloria de la nueva Jerusalén, la Iglesia. La está viendo surgir.

*Levántate —dice—, llénate de luz, Jerusalén, porque viene tu luz, Cristo, y la gloria del Señor brilla sobre ti.* Ahora se entusiasma. Descubre el gran privilegio que Cristo otorga a su Iglesia: moverse en la luz, mientras en su derredor todo son tinieblas: *Levántate, porque las tinieblas cubren la tierra y envuelven los pueblos, pero sobre ti nace el Señor, y su gloria te inunda en sus resplandores.* La alegría más grande de la nueva Jerusalén será ver iluminarse a su luz todas las naciones: *Caminarán los pueblos al resplandor de tu luz, y los reyes, a las claridades de tu alborada.* Con dramatismo patético y emocionante, invita el profeta a la Iglesia a levantar su mirada para contemplar la muchedumbre inmensa que se agolpa ante sus muros: *Eleva tus ojos y mira en derredor. Vendrán pueblos de Oriente y Occidente. Se apresurarán, como riadas acudirán a la casa del Señor.* Todo el mundo correrá hacia la Iglesia, nueva Jerusalén, para honrar al Señor como Rey y como Dios, ofreciéndole oro e incienso y anunciando sus grandezas.

Isaías rasga la niebla, descubre a los Magos, pero otea, tras ellos, un horizonte sin límites. Es la multitud incontable que, a través de los siglos, la Iglesia conducirá para bañarla en su luz, Cristo. Viene *volando como nube, como bandada de palomas que vuelan a su palomar, como naves colmadas de oro y plata.*

En la Roma imperial, los emperadores viajaban gustosos de ciudad en ciudad. Estas apariciones del emperador se llamaban epifanía o parusía. Era el mayor acontecimiento para la ciudad. Meses antes de la visita imperial se inician los preparativos. Se abren calles, surgen nuevos edificios, se levantan arcos de triunfo. La Epifanía del Señor es su aparición como Dios salvador para nosotros. «He aquí que viene el dominador, el Señor», anuncia triunfal la antifona inicial de la misa de Epifanía.

Meditemos este evangelio cerquita de la Virgen, que nos espera junto al Niño. Vamos a contemplar en él, agradecidos nuestro llamamiento a la vida eterna. Se inicia con la vocación a la fe en Cristo. «En los Magos que adoran a Cristo —nos dice León Magno—, reconozcamos el comienzo de nuestra vocación a la salvación». Consideremos, con el corazón dilatado por la alegría, el despuntar de nuestra bienaventurada esperanza. Desde hoy comenzamos a entrar en la eterna herencia del cielo. El llamamiento a la fe adorando a Cristo contiene en germen la vocación a la gloria: es la aurora de las misericordias de Dios con nosotros.

La fe nos lleva a la visión beatífica. Santo Tomás la llama «comienzo de la eternidad». Es el suspiro de la Iglesia en sus oraciones: «Que los que ya te hemos conocido, Señor, por la fe, lleguemos a contemplar la belleza de tu gloria» (Oración colecta de Epifanía). Con los Magos, pues, acerquémonos con fe a adorar a Cristo en el belén de la tierra que nos conduce al belén del cielo. Ellos son los primeros gentiles, los primeros descreídos que se acercan. Gentiles, descreídos, somos nosotros, todos los pueblos en cualquiera de las direcciones de la rosa de los vientos.

## Fieles a la estrella

*Hemos visto su estrella en Oriente, y venimos a adorarle.* Son las primeras palabras de los Magos al preguntar en Jerusalén por el Rey de los judíos. Nos revelan el objetivo de su viaje, la razón determinante que les movió a abandonar familia, bienes, ocupaciones... Lo dejan todo para adorar, para ofrecerse. Renuncian a lo visible para descubrir la divinidad que late oculta en la fragilidad de un niño. La vocación a la vida divina, gracia en la tierra, gloria en la eternidad, supone en gran medida lanzarse a lo invisible, a lo desconocido, abandonando lo que se percibe por los ojos, se palpa con los sentidos.

La estrella fue para los Magos «una inspiración en el corazón» (Bossuet). Tú, como ellos, estás sumergido en tinieblas de mundo. Mira al Oriente, que contempla elevarse a los astros. Vuélvete a

Jesús, que es el Oriente del que se elevan, como maravillosos luceros, la verdad y la virtud. Imita a los Magos, marcha. ¿Adonde? Todavía no lo sabes. Sepárate del mundo; de ese mundo hacia el cual la estrella, la casta inspiración que te enciende el corazón, te empieza a inspirar disgusto secreto. Sal de tu patria, mejor, de tu destierro, al que crees patria. Acostumbrado a la vida de sentidos desde que naciste, pasa a otra región, aprende a conocer a Jesús por la fe, el pesebre de tu Salvador; a gustar el pan que se te prepara en Belén.

Muchas veces vemos la estrella, Dios llamándonos, pidiéndonos la santidad. En la mayoría de las ocasiones, no imitamos a los Magos, emprendiendo decididos la marcha. Nos preguntamos si la estrella continuará brillando todo el camino. Al ver que la estrella, el consuelo sensible en la oración, el cariño de las personas que nos rodean, el éxito profesional, la buena reputación en que nos tienen... desaparecen, nos volvemos atrás. Y decimos: «Hemos visto mal, ilusión óptica; nos hemos equivocado». Y nos sumergimos de nuevo en la vida tranquila y egoísta de tantos cristianos vulgares. Nos olvidamos de que, el que, después de servir a Dios, mira al mundo, es semejante al perro, que se vuelve para tragarse su propio vómito (cf. II Pe 2,22).

*-Madre querida: quiero ser fiel a la estrella, aunque desaparezca, aunque todo, dentro y fuera de mí, se rebele, impidiéndome llegar a Jesús. Sé muy bien que esos momentos de oscuridad y lucha querrán impedirme el acceso al belén del cielo.*

*Se turbó Herodes, y toda Jerusalén con él, al oír que los Magos venían buscando un rey que no era dinero, ni placer, ni orgullo. También el demonio y el mundo se turban cuando te decides a entregarte a la santidad y vivir sólo para el amor.*

### **Se alegraron con gozo grande**

*Habiendo visto la estrella, se alegraron con gozo sobremanera grande.* Al salir de Jerusalén después de la persecución y de la oscuridad prolongada, resplandeció de nuevo la estrella. Después de las tremendas persecuciones que a veces desatan mundo, demonio y carne; después de la oscuridad de la desolación, en que nada se siente y todo parece absurdo, brilla otra vez la misteriosa estrella de la fe acercándonos al término de nuestro viaje.

Con una insistencia inusual, el evangelio recalca el gozo inmenso que inundó el corazón de nuestros predecesores en la aventura de la fe. Primeros arriesgados peregrinos de lo divino, lo dejan todo para encontrarlo todo en Él. Se alegraron con gozo, con gozo grande, con gozo sobremanera grande. Cuatro expresiones. Es que el Espíritu Santo quiere infundirnos fuerzas. Sabe que las tinieblas nos envuelven, los enemigos nos acechan. Quiere que caminemos sin ver la estrella. Quiere que vivamos con «fe cierta y oscura, esperanza firme, caridad entera» (San Juan de la Cruz).

### **Fe y visión**

No quedaron los Magos defraudados. Venían de lejos, el viaje había resultado largo y penoso..., pero la estrella se detiene. Una casita pobre en insignificante aldea. El Niño, en apariencia, era como cualquier otro. Su Madre no se diferencia de las demás. Vosotros, Magos, teníais el sentido de lo divino, la fe que brillaba en vuestras almas. Nosotros nos decepcionamos cuando Dios no se nos muestra como queremos en el triunfo fácil y sin esfuerzo, en el éxito lisonjero, en la estima de los hombres, en la salud y bienestar... No tenemos fe para comprender que en lo contrario, bajo las apariencias del dolor y del fracaso, Dios está entre pañales naciendo para nosotros. Vosotros, sí; vosotros teníais el sentido de lo divino. Buscabais una cosa que no ven los ojos: Dios en un niño. Teníais lo que a mí me falta muchas veces: fe.

*Y, habiendo entrado en la casa... ¡Con qué emoción lo harían después de un viaje tan largo, después de tantas renunciaciones, después de tantas luchas! Así entraremos en el cielo después de las luchas de la vida... Encontraron al Niño con María, su Madre.* La fe, que hasta entonces los había conducido, desaparece ante la visión. La estrella palidece, se esfuma, porque ya no es necesaria. La fe nos ilumina mientras marchamos por el destierro, pero se eclipsa cuando la visión de Dios se produce, cuando se

llega al cielo. «Creyó, y ahora ve»... Frase esculpida por encargo suyo en la losa sepulcral de Luis Veillot, en 1883, cuando muere. Alegría inefable en el corazón de los Magos. Las peripecias de la arriesgada aventura de la fe, que supone para todos los llamados separación de seres queridos, abandono de todo e incluso de sí mismo, lucha contra enemigos, incomprendimientos, locuras para el mundo, se recompensa para siempre con la visión cara a cara de Dios.

### Oro, incienso y mirra

*Y postrándose en tierra, le adoraron.* Iban buscando al Rey de los judíos, y encontraron a Dios. Como nos sucede en la vida. Pretendíamos hacer una carrera, colocarnos, realizar un viaje, participar en un campamento..., y allí Dios se hizo el encontradizo con nosotros...

*Y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones: oro, incienso, mirra.* Imitémosles. Hemos convertido Epifanía en bazar de juguetería. Es desvirtuar y achicar su profunda significación. Es día de regalos; no tanto a los niños, sino a Dios. Pero de regalos que no se compran en almacenes o tiendas. Salen del corazón. Los que oímos la narración de la ofrenda de los Magos, elijamos entre nuestros tesoros y hagamos ofrendas parecidas, dice San Ambrosio.

Oro: símbolo del amor puro y fiel con que queremos servirle. Incienso: imagen de nuestras plegarias y oraciones. Mirra: figura de nuestros sacrificios unidos a los suyos. Y, si nos encontramos tan miserables que no hallamos qué ofrecer, no nos desalentemos. Cristo nos da todos sus tesoros para que luego, como propios, se los devolvamos. Un día de Epifanía, después de la comunión, dice a Santa Matilde: «Te doy el oro: mi amor divino; el incienso: toda mi santidad; la mirra: el amargor de mi pasión. Te los doy en propiedad para que tú me los puedas ofrecer como un bien que te pertenece».

### ENTRANDO EN CASA, VIERON AL NIÑO (S. Rafael Arnaiz)

Adoración de los Reyes... poderosos de la tierra, humillan sus cabezas ante la humilde cuna de un Niño... Oro, incienso y mirra venido de Oriente... Ansiedad en los corazones. Polvo de los caminos recorridos de noche, guiados por una estrella. ¿Dónde está aquél que ha nacido?... Han pasado veinte siglos... Almas que también recorren los caminos de la tierra como los Magos de Oriente, siguen preguntando al pasar: ¿Habéis visto al que ama mi alma? (Can. Cant. 3,3) También ahora es una estrella de luz la que iluminando nuestro camino; nos lleva a la humildad de un Portal, y nos muestra aquello que nos ha hecho salir "fuera de los muros de la ciudad" (He 13,13; cf. Lc 16,27). Nos enseña a un Dios, que, siendo dueño de todo, de todo carece. Al creador de la luz y calor del sol, padeciendo frío... Al que viene al mundo por amor a los hombres, de los hombres olvidado.

También ahora como entonces, hay almas que buscan a Dios... Mas por desgracia, no todos llegan a encontrarlo; no todos miran a la estrella que es la fe, ni se atreven a adentrarse en esos caminos que conducen a Él, que son la humildad, el renunciamiento, el sacrificio y casi siempre la Cruz. Cuando esta noche en el coro, me acordaba, sin yo quererlo, de mis días infantiles, de mi casa... de los Reyes..., mis hábitos blancos me decían otra cosa... También yo, como los Magos, vine a buscar un Portal... Ya no soy niño, a quien hay que dar juguetes. Las ilusiones ahora son más grandes y no son de esta vida... Las ilusiones del mundo, como juguetes de niño, hacen feliz cuando se esperan..., después, todo es cartón. Ilusiones del cielo... ilusión que dura la vida y que después no defrauda. ¡Qué contentos volverían los Magos después de haber visto a Dios! Yo también le veré..., no hay más que esperar un poco. Pronto llegará la mañana y con ella la luz. ¡Qué feliz será el despertar!

### ORACIÓN

**Señor Jesús: que a imitación de los Magos de Oriente vayamos también nosotros frecuentemente a adorarte en tu Casa que es el Templo y no vayamos jamás con las manos vacías. Que te llevemos el oro de nuestras ofrendas, el incienso de nuestra oración fervorosa, y la mirra de los sacrificios que hacemos para permanecer fieles a Ti, y que te encontremos siempre junto a tu Madre Santísima María, a quien queremos honrar y venerar siempre como Madre Tuya y Madre nuestra.**